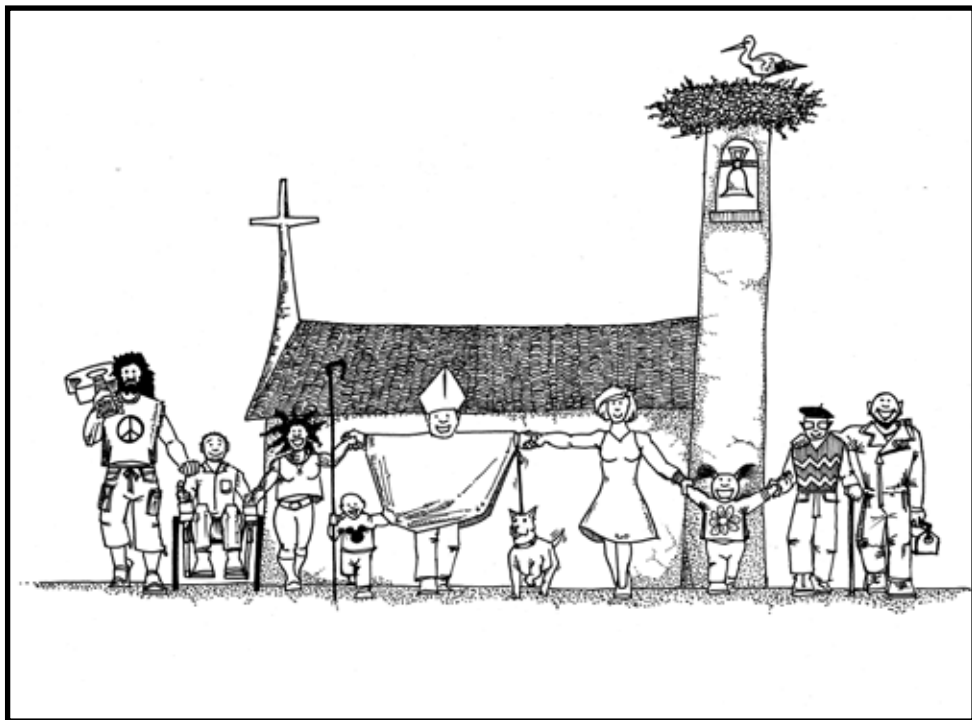




# DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 82



**CREO EN UNA IGLESIA LOCAL**

*Comités Oscar Romero*

*C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza (España) D.L.Z. 147-89*

---

## INTRODUCCIÓN

*“Cuando la base de la asociación religiosa es la comunicación y el servicio, se excluye cualquier subordinación, cualquier instrumentalización, cualquier dominio, cualquier desigualdad y hasta la más pequeña falta de equidad. Por tanto, la sociedad religiosa, es una asociación única y exclusivamente basada y cohesionada por la comunicación y por el servicio mutuo.” (Marià Corbí. Religión sin Religión Pg. 157)*

*“El Concilio Vaticano II dio un paso gigantesco al sustituir esa eclesiología piramidal por una eclesiología de comunión. La Iglesia local es una comunión de hermanos en la fe; y la Iglesia universal, una comunión de Iglesias locales (...) En la Iglesia existen – desde luego – funciones distintas, pero eso no equivale a dignidades diferentes... Tampoco existen en la Iglesia estados que por sí mismos sean más perfectos que otros” (L. González de Carvajal. Palabras clave en religión. Iglesia, p.346-347)*

Vamos a darnos una nueva oportunidad a hablar sobre la Iglesia. Antes de optar, en esta encrucijada, por la vía del desistimiento o del desinterés, seguimos creyendo en la Iglesia de los Pobres como la natural presencia del cristiano en el mundo, que ahora redobla su sentido con la apisonadora de destrucción de empleo y de reducción de lo público.

Pero no nos adherimos a una Iglesia desconsiderada con sus partícipes, asolada por la pederastia, “sacralizadora”, discriminatoria con la mitad de la humanidad o ajena a su verdadero sentido.

En su libro “¿Tiene salvación la Iglesia?” (2013, Ed. Trotta) Hans Kung señalaba tres opciones para los cristianos comprometidos para el renacer de la comunidad eclesial: protestar y exigir enérgicamente a los responsables un cambio sustancial; reflexionar sobre la situación de la Iglesia y difundir publicar tal discernimiento; finalmente, optar por la comunidad local, tal y como tantas personas comprometidas vienen ya haciendo obviando a la jerarquía.

Agradecemos profundamente a Marcelo Barros la disponibilidad para trabajar sobre el tema que desarrolla el documento, y a Javier Lacasta las ilustraciones que acompañan al mismo. Ojala lo disfrutéis.

Un abrazo,

Comités Óscar Romero

---

# CREO EN UNA IGLESIA LOCAL

Por Marcelo Barros (monje benedictino del Monasterio de la Anunciación de Goiás - Brasil-, biblista y teólogo)

## Introducción

Transcurridos doce años desde la primera sesión en Porto Alegre, el Foro Social Mundial continúa su búsqueda de un nuevo mundo posible. Hoy, mucha gente cuestiona una de las propuestas que surgieron desde el primer momento de ese camino: “pensar globalmente, actuar localmente”. Una intuición actual es que no debe haber división entre pensamiento y acción; es importante que tanto el pensar como el actuar partan de las realidades locales. Si no estuviéramos plenamente insertos en lo local, no podríamos colaborar en un plano más amplio y que alcance lo universal. Lo universal se construye a partir de la realidad local. No existe oposición entre estas dos dimensiones.

Se podría preguntar cuál es la relación de este asunto con la Iglesia. La Iglesia también tiene una dimensión local (cada Iglesia es una comunidad local) y una vocación o carácter universal. Por

eso, sin duda, también respecto a las Iglesias cristianas, cabe cuestionar sobre cómo articular correctamente esas dos dimensiones.

Os invito a hacernos esta reflexión con el método latinoamericano de “ver, juzgar y actuar”, incluso sabiendo que esas etapas se entrecruzan y se intercalan -son válidas apenas como instrumentos metodológicos-. Si bien, aunque yo quiera siempre valorar todas las Iglesias cristianas y aprender de su diversidad, abordaré más la eclesiología de la Iglesia Católica Romana; del mismo modo, debo explicar que abordo ese asunto desde la perspectiva de América Latina y el compromiso de la Iglesia con los más empobrecidos. Por ello, los/as lectores/as tienen la tarea de distinguir, de todo lo que se diga en estas líneas, lo que se repite y acontece de un mismo modo en su país, y qué otros elementos son propios de la realidad latinoamericana y no se aplican, por ejemplo, a España o Europa.

---

## Una discusión antigua en una coyuntura nueva

De hecho, conviven en las Iglesias cristianas una dimensión local y una vocación o apertura universal. Mas siempre ha habido discusiones sobre cuál de las dos debe predominar o ser la que defina la naturaleza propia de la Iglesia y, de acuerdo como las decisiones tomadas en un sentido u otro, la misión y la presencia de la Iglesia adquieren aspectos propios. Por ejemplo, cuando en los primeros siglos (del siglo II al siglo IV) el Cristianismo se insertó en el Imperio Romano, las Iglesias asumieron profundamente las maneras y la cultura del imperio: dieron a sus ministros los títulos y la visión de hombres sagrados que tenían los sacerdotes de la religión imperial romana; heredaron los antiguos templos paganos; y fueron capaces de leer e interpretar su fe a partir de la filosofía greco-romana. Y en el siglo VI, al enviar el Papa Gregorio a Agustín y sus monjes a evangelizar Inglaterra, la orden recibida fue valorar todo lo que fuese posible de la antigua cultura de los pueblos locales. Por el contrario, a partir del siglo XVI, para el establecimiento del Cristianismo en América Latina no hubo la misma libertad ni preocupación por el diálogo intercultural: el Cristianismo importado para nuestros países fue el de la cultura

ibérica, y las correlativas autóctonas locales fueron devaluadas y perseguidas.

En realidad, las Iglesias locales (latinoamericanas) no existían como tales. El padre José Comblin afirmaba que, en América Latina, la idea de Iglesia con rostro local sólo se produjo a partir de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968). Es verdad que el proceso de colonización se desarrolló de modo diferente cuando la Iglesia en cuestión fue la Iglesia Católica que cuando eran Iglesias evangélicas. Sin embargo, incluso en el caso de las misiones luteranas, anglicanas o evangélicas, en América del Sur, el modelo vigente era reproducir las Iglesias como filiales de una empresa, cuya matriz estaba en el sur de los Estados Unidos, o en Inglaterra o Alemania; también en África, durante mucho tiempo y hasta recientemente, las misiones católicas o evangélicas eran lamentablemente brazos no armados de la colonización de los imperios occidentales que iban a dominar y explotar las colonias africanas.

Sobre el modelo de Iglesias, desde el siglo XVII existen en el Cristianismo occidental las llamadas "congregacionales", que subrayan el carácter esencialmente local de la Iglesia, aunque no siempre sean coherentes con esa eclesiolo-

gía. Evidentemente, una denominación como “Iglesia Católica”, aunque añadida a su nombre el adjetivo “romana”, tiende a privilegiar su aspecto universal.

En el mundo actual y en la realidad propia de nuestros países, esa cuestión toma un carácter nuevo y diferente. Lo que está en juego no es sólo una cuestión de organización más centralizada o, al contrario, capaz de cierta autonomía local. Se trata en sí de la credibilidad de la Iglesia y de su doctrina. En 1992, en Santo Domingo, el Papa Juan Pablo II bendijo el Faro a Colón y dio a conocer el monumento que contiene restos de la

cruz, que se cree que los españoles plantaron en la conquista como punto de referencia y de legitimación. Mientras tanto, en Quito, organizaciones populares y líderes de religiones indígenas y negras se reunían en el primer encuentro de la Asamblea del Pueblo de Dios (APD). Y allí muchos propusieron como tarea ecuménica lo que llamaban “la desevangelización” del continente. En 1968, en Bogotá, en el primer viaje de un Papa al continente latinoamericano, un indio fue recibido por el Papa Pablo VI, el cual le dijo: “Hasta ahora, los cristianos nos trajeron la Biblia y tomaron nuestras tierras. Ahora nosotros queremos devolverles la



---

Biblia y pedir que les diga que devuelvan nuestras tierras". Es preciso descubrir que es eso lo que está detrás del debate eclesiológico sobre Iglesia local o universal. Cuando en marzo de este año 2013, la prensa comunicaba el cónclave que eligió al Papa Francisco, la gente se preguntaba si los cardenales elegirían un Papa africano o brasileño. Pero no se discutía exactamente eso: ¿qué significa que un africano o un brasileño se convierta en Papa de Roma?. Es evidente que la elección de un cardenal italiano, candidato de la Curia Romana, representaría la continuidad del proyecto de europeización de todo el catolicismo, propuesto por Juan Pablo II y Benedicto XVI. Es preciso discernir si la elección de un africano o un latinoamericano significa el reconocimiento de que ese proyecto (llamado eufemísticamente de "nueva evangelización") ha fallado, y necesita otro modelo de internacionalización de la Iglesia de Roma, o es simplemente un maquillaje del mismo modelo romanizador, eurocéntrico y triunfalista, ahora más refinado por el hecho de ser representado y guiado por un hombre del tercer mundo. No sirve de nada elegir un Papa del tercer mundo si el estilo y el espíritu del Papado sigue el mismo proyecto de Iglesia Cristiana que representan el Estado Vaticano, la Curia Romana y todo el actual aparato de la

Iglesia Católica oficial, que el Concilio Vaticano II intentó transformar. En la reciente elección del nuevo Papa, muy pocos obispos y católicos e incluso teólogos y teólogas pensaron que sería mejor que la Iglesia de Roma tuviese como obispo a un italiano o un romano que se asumiese como tal, frente a un africano o brasileño pero más romanizado que los romanos. En la línea del Concilio, lo que deberíamos pedir al Papa es que éste, italiano o romano, como obispo de Roma y primado de la Iglesia, asuma el compromiso de respetar más profundamente como iguales y hermanos en la fe a los obispos y fieles de otras Iglesias locales<sup>1</sup>. En el siglo III, San Cipriano de Cartago, escribió al Papa Esteban: "Eres el obispo de Roma, primero entre los hermanos, pero no existe en la Iglesia un "superobispo"." Cipriano creía que todos los obispos de la Iglesia son iguales, como lo eran los apóstoles"<sup>2</sup>.

Comúnmente se discute esa cuestión al proponerse una revisión de la función del Papa y ese debate es legítimo. Sin embargo, la base de esa cuestión teológica es más amplia: se trata de la relación entre la Iglesia (no sólo el obispo) de Roma y las otras Iglesias, así como de la responsabilidad de cada obispo y de cada Iglesia con relación a la Iglesia Universal.

---

## La memoria de la fe en la lectura de las Escrituras

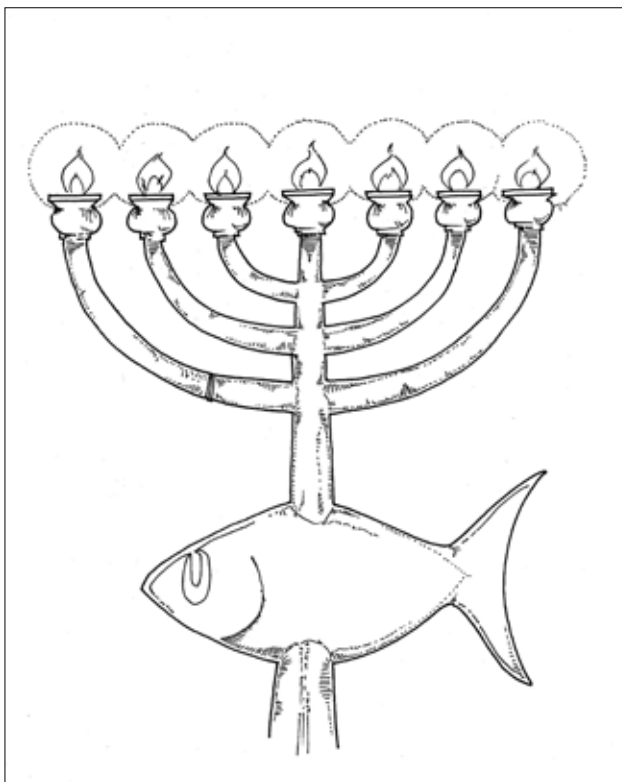
En los años 60, Dom Hélder escribió a Pablo VI una carta en la que le propuso que el Papa, para cumplir su misión con mayor libertad frente a los poderes del mundo, volviese a ser más específicamente el obispo de Roma y primado de las Iglesias en Occidente; que volviese a vivir en el Palacio de Letrán, antigua residencia del Papa en Roma, renunciando a ser jefe de Estado, y entregase el Vaticano para que ser transformado en un museo internacional; o que acabase con las nunciaturas (el Papa no debe tener diplomáticos ante los gobiernos de los países) y se comunicase con los países a través de los obispos locales. Dom nunca recibió una respuesta del Papa, pero sí confirmación de la recepción de la carta mediante una misiva oficial del Cardenal Villot, secretario de Estado, que decía: "Excelencia, el santo padre recibe y agradece su colaboración, pero su Excelencia debe entender que ya no vivimos en los tiempos del Evangelio"<sup>3</sup>.

De hecho, si creemos que el Evangelio no está superado y que vale la pena volver a las fuentes de la fe, como propugna el Concilio, es bueno mirar cómo eran los modelos de Iglesia en el Nuevo Testamento. Vean que usé el plural porque la primera observación que

podemos hacer es la siguiente: no existe un modelo único y, de hecho, el modelo de Iglesia que aparece en las cartas paulinas, como Gálatas, Romanos o Corintios, es bastante diferente de la eclesiología vigente en las llamadas cartas pastorales (a Timoteo y Tito) y en otras cartas de segunda y tercera generación cristiana.

El Nuevo Testamento contiene una gran diversidad en la organización de las comunidades. Jesús no pensó en Iglesia en el sentido que conocemos y muy probablemente nunca habló de ello. En el conjunto de los cuatro Evangelios sólo existe un versículo en el que Jesús habría utilizado el término Iglesia (Mt 16, 18) y, de acuerdo con muchos exégetas, ese versículo puede no haber pertenecido a la tradición más antigua del evangelio. Sin embargo, es cierto que, en torno a Jesús, poco a poco, se organizó un movimiento libre y espontáneo de personas, en su mayoría, pobres y marginados de la sociedad<sup>4</sup>, a partir del cual se desarrollaron los grupos de base a los que Pablo dio el nombre de Iglesias.

En el primer siglo de la era cristiana, las sinagogas y comunidades judaicas, tanto en el territorio de Israel como en las ciudades de Asia Menor (actual Turquía occidental) estaban formadas por grupos de tendencias diversas, de acuerdo



con el pensamiento y espiritualidad de la cultura vigente y de los rabinos que las coordinaban. Dentro del mundo griego, Pablo de Tarso fundó varias pequeñas comunidades dentro de las sinagogas, grupos que, al principio, continuaban siendo miembros de la institución judía, pero seguían como maestro a Jesús de Nazaret.

Las comunidades fundadas y animadas por Pablo, Timoteo, Silas y su equipo de misioneros itinerantes estaban organizadas de acuerdo con la cultura local. En la I Carta a los Corintios, aconsejan a las comu-

nidades no tener ministerios femeninos, porque en Corinto se hallaba el templo de Venus en el cual su ministerio estaba compuesto de sacerdotisas obligadas a prostituirse, por lo que era preciso evitar confusiones y situaciones desagradables. Por el contrario, en la Carta a los Romanos, Pablo llama a la pareja Junías y Andrónico, dos apóstoles (Rm 16, 7), para referirse a Febe, diaconisa de Cencreas (16, 1) y a otros ministros y ministras.

Las comunidades estaban formadas por grupos diversos, con teologías y espiritualidades diferenciadas. Había algunos de tendencia gnóstica o, como diríamos hoy, más carismática. Unos permanecieron más conectados con la cultura y la teología judía y otros se mantuvieron en diálogo con los cultos locales. Pablo orienta a todos y los respeta, proponiendo una base común de fe.

## **La naturaleza original de las Iglesias como Iglesias locales**

En el mundo greco-romano del primer siglo de nuestra era, la palabra griega Ekklesia era un término



---

de contenido político. En las ciudades de cultura griega significaba “asamblea de los ciudadanos”: una especie de consejo de la municipalidad. En aquella época, por ejemplo, una ciudad como Corinto, principal puerto de Grecia, tenía 600.000 habitantes, de los cuales sólo 100.000 eran “ciudadanos” y, por tanto, podían asistir a la asamblea (Ekklesia); los otros eran esclavos, libertos, o residentes extranjeros (paroiké). Pablo pasa por Asia Menor y Grecia, y llega hasta Roma, fundando o consolidando comunidades, las llamadas Iglesias. Pablo se inspira en la Kahal IHHW, que se menciona en Éxodo 19, sobre la alianza del Sinaí, o “día de la asamblea”. En el mundo de Pablo, ese término sonaba social y político, aunque para la cultura judaica recordase a la comunidad de la alianza. Pablo pasaba por las sinagogas y formaba allí grupos de judíos, fieles a su religión, pero como discípulos de Jesús. Así, Pablo y su equipo organizaban Iglesias en las periferias de las ciudades, integradas por hombres y mujeres pobres, la mayoría de los cuales no era “ciudadanos” de acuerdo con la ley vigente.

¿Qué significaba llamar “asamblea de ciudadanos” a una comunidad de Corinto, probablemente formada por esclavos y antiguos esclavos, gente paroiké, esto es, extranjeros y extranjeras residentes? El

movimiento anunciaba a Jesucristo y su proyecto de traer al mundo el reino de Dios, pero, de hecho, el modo como se hacía eso era más social y político que religioso en sí. Pablo y su equipo practicaban y enseñaban una transformación de los valores éticos del imperio: las personas cristianas pobres de las comunidades que, en el imperio, no eran ciudadanas y no tenían voz ni voto, ahora “reinarán con el Cristo” (Rm 5, 17), “juzgarán a los ángeles” (1 Cor 6, 3) y alcanzarán el señorío, esto es, participarán como nobles del reino de Dios (1 Cor 4, 8). Como ciudadanos y ciudadanas nuevos/as, gozan de un alto puesto (Fil 3, 21). Son libres (Gl 4, 26). La Carta a los Efesios, que pudo haber sido escrita por un discípulo de Pablo, dirá que, si antes los discípulos eran como extranjeros y extranjeras sin derechos, ahora son “conciudadanos/as de los santos y miembros de la ciudad de Dios” (Ef 2, 6. 19). “Si permanecemos firmes, reinaremos con Él” (2 Tm 2, 12). Es una transformación política importante e inesperada.

En un famoso estudio de sociología de las comunidades de Pablo, Wayne Meeks hace observar cómo “las pequeñas Iglesias se constituían como verdadera formación de células y redes que serían consideradas sospechosas y hasta subversivas en aquel tiempo”<sup>5</sup>. Durante todo el siglo I y, por tanto, durante

---

por lo menos tres generaciones, en el Cristianismo, cuando se hablaba de Iglesias, se trataba de Iglesias locales y autónomas en comunión con las otras Iglesias, formando la comunidad que se llama Iglesia Universal.

Quien utilizó por primera vez el término “Católica” para hablar de Iglesia fue Ignacio de Antioquía, en una de sus cartas, camino hacia el martirio en Roma, a principios del siglo II. Hans Kung subraya que el catolicismo no excluye, pero sí requiere la constitución de diferentes Iglesias locales. La pluralidad sociocultural es una señal de catolicismo. En América Latina, Jon Sobrino revela cómo fue el redescubrimiento de su ser Iglesia de los pobres, lo que dio a la Iglesia latinoamericana su propio rostro y su carácter de catolicidad, que nada tiene que ver con la falsa universalidad que conocíamos antes con el modelo colonizador. “A través de su consciencia de ser Iglesia local, está también comprendiendo el carácter católico y universal de la Iglesia, pero siempre a partir de los más pobres”<sup>6</sup>.

Hasta el siglo IV, el Cristianismo estaba organizado a partir de la “pentarquía”, los cinco patriarcados o sedes apostólicas, desde los que se formaban nuevas Iglesias: los cinco patriarcados eran Jerusalén, Antioquía, Alejandría,

Roma y Constantinopla. Con el transcurso de los tiempos, esos patriarcados tuvieron conflictos sobre cuál de ellos es el más importante. Por ser sedes del Imperio, por lo tanto por motivos políticos, Roma y Constantinopla se impusieron, y después también se dividieron entre sí a partir del siglo III. Roma comenzó a predicar la tradición de que el obispo de Roma era el sucesor de Pedro y por ende es el patriarca de la unidad de todas las Iglesias, y la Iglesia de Roma tiene una función de coordinación o de puente entre todas las Iglesias locales.

## **Roma, diócesis en la Cristiandad occidental**

Según los historiadores, a mediados del siglo III, el emperador Diocleciano advirtió la crisis del imperio, y para organizar mejor la administración del conjunto de sus colonias y sus territorios, los dividió en reparticiones, dio a esas prefecturas el nombre de diócesis y puso al frente de cada una de ellas a un vicario del emperador. Pero un siglo después, desde que Teodosio convirtió el Cristianismo en religión oficial del imperio, la Iglesia en Occidente asume la misma organización en diócesis y cada una con su obispo como un vicario del Papa<sup>7</sup>. Pocos se enteraron de que, al asumir el título de diócesis, las Iglesias locales se colo-

---

can en referencia a una sede mayor. Parece una cultura muy diferente de la que tenía Pablo y sus compañeros cuando llamaron Iglesias a las asambleas de los discípulos de Jesús dentro de las sinagogas judías y en nítida oposición al sistema imperial y de poder del mundo.

Ya desde el siglo IV, había aumentado la tensión entre las Iglesias locales y la autoridad del Papa. A mediados de aquel siglo, San Basilio, obispo de Cesarea, “se negó a reconocer al obispo de Roma como juez supremo de la Iglesia universal, aunque aceptase que tuviese un autoridad propia en el campo doctrinal”<sup>8</sup>. Ambrosio, como obispo de Milán, aún podía afirmar: “Deseo estar unido a la Iglesia Romana, pero ella debe recordar que nosotros también tenemos raciocinio y juicio, y estamos dotados de razón humana. Ellos tienen costumbres litúrgicas y teológicas y los justifican con las mejores razones. Nosotros también mantenemos nuestras propias costumbres por las mejores razones”<sup>9</sup>. Sería bueno pensar cuántos obispos católicos de hoy se expresarían en esos términos con relación al poder del Papa sobre la autoridad de los obispos locales.

Como consecuencia de una Iglesia que se insertó en el imperio en sustitución de la antigua religión imperial, a partir de la Edad Media,

la teología latina instituyó una identificación absoluta entre el misterio de la Iglesia y su realidad social. La jerarquía fue de tal manera sacralizada y colocada por encima de todo el cuerpo de la Iglesia que perdió su carácter humano para convertirse en una mediación suprahumana -casi al nivel del propio Cristo-. En una obra de Eclesiología que, durante mucho tiempo, fue considerada de las más importantes del siglo XX, *L'Église du Verbe Incarné*, Charles Journet enseña que Dios instituyó primero la jerarquía y que la Iglesia procede de la jerarquía. “La Iglesia es resultado de la jerarquía. La primera causa eficiente de la Iglesia es la humanidad de Cristo. La segunda es la jerarquía que establece la Iglesia mediante los sacramentos”<sup>10</sup>. Esa identificación absoluta entre el misterio del reino y la Iglesia y después entre la Iglesia como sacramento del Cristo y la jerarquía eclesiástica, confundida como si fuera la propia Iglesia en su totalidad, provocó en algunos círculos católicos y teológicos la distinción siempre más clara entre la Iglesia como misterio y la Iglesia institucional. El Vaticano siempre se posiciona de forma que hace que todos pensemos que las actuales estructuras de gobierno de la Iglesia Católica vienen directamente de Cristo y son divinas en sí mismas. A pesar de ello, un número creciente de teólogos y exégetas muestran

que toda esa estructura eclesiástica de tipo imperial nació en la Edad Media, y muchas de las costumbres y leyes a las que se somete a los católicos (por ejemplo, que Roma nombre a los obispos locales) provienen apenas del siglo XIX.

Hubo situaciones y épocas, como las de las investiduras en los tiempos medievales y, más tarde, de los acuerdos entre Roma y los emperadores locales, en que era bueno que el Papa nombrara a los obispos. Garantizaba la libertad de las Iglesias frente a los poderosos locales. No obstante, desde que esas situaciones ya no existen, esa prerrogativa de Roma de nombrar a los obispos sin respeto por la Iglesias locales tienen cada vez menos sentido, y ha creado situaciones muy perjudiciales para varias diócesis. Para cualquier persona que oye atentamente cómo Roma toma un padre del extremo sur del país y le hace ser obispo de norte, y viceversa, queda claro que la intención parece ser no considerar a las

Iglesias locales, mostrar que no cuentan nada y que no tienen ningún poder.

Al final, para el Vaticano y las nunciaturas, el objetivo más importante parecía ser destruir el modelo profético y libertador de Iglesia vigente en algunas diócesis que tenían como obispos algunos de los pastores que participaron en el Vaticano II (Domo Hélder Câmara, Mons. Óscar Romero y tantos otros). Hicieron eso de tal forma que, en algunos casos, el pretendi-



---

do remedio mató la enfermedad y también el paciente. Destruyeron los servicios de pastoral social y el profetismo de las Iglesias, pero así vieron que las Iglesias se debilitaban y perdían su vitalidad. Más tarde, Papa y obispos se mostraron preocupados por el auge de las Iglesias neo-pentecostales en América Latina, sin darse cuenta de que el vaciamiento de las Iglesias profética fue patrocinado y realizado por ellos mismos y sus agentes. Es posible que, un día, la historia aclare cómo Papas y obispos recientes pudieran ser responsables directos de muchas muertes y muchos martirios en América Latina. Incluso hasta hoy, todos los aspectos y elementos que rodearon el martirio de Monseñor Óscar Romero no están esclarecidos. Sin hablar de Dom Hélder Câmara y Mons. Leónidas Proaño y otros que merecen el título que Clelia Lurio dio a Dom Hélder: "El mártir que no mataron"<sup>11</sup>. Es preciso redescubrir el carácter local y autónomo de las Iglesias locales como comunidad de Iglesias hermanas a partir de los más empobrecidos.

## **La eclesiología de las Iglesias locales en el Vaticano II**

Para comprender la eclesiología del Concilio Vaticano II necesitamos comprender el evento del Concilio y, a partir del evento, los documentos. Por más sorprenden-

tes e innovadores que fueran los textos al ser publicados, y hasta hoy lo son, son principalmente indicativos de un nuevo rumbo para la Iglesia, o sea, son marcos de transición. Eso es verdad, principalmente cuando se habla de eclesiología. La Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, representó justamente lo que teólogo brasileño llamó: "la transición necesaria"<sup>12</sup>. En ese libro, afirma que "la dimensión bíblica y patrística trajo a la eclesiología un descubrimiento vital: el valor de las Iglesias locales que tiene en sí plenamente toda la naturaleza de la Iglesia. No son sólo filiales o una parte de la Iglesia Universal, ella está presente y manifestada en la asamblea local de los fieles"<sup>13</sup>. La *Lumen Gentium* trata sobre la relación entre Iglesias locales y la Iglesia Universal en varios números de los tres primeros capítulos, especialmente los números 13, 22 y 23. El texto llega a hablar de Iglesias particulares como las diócesis, pero van más allá: muestra que el misterio de la Iglesia Universal está presente en cada "legítima asamblea local de fieles" y el texto cita principalmente a las comunidades pobres, pequeñas y dispersas. En ellas, se congrega el misterio de la Iglesia una, santa y católica" (L. G. 26)<sup>14</sup>. Los elementos que convierten a las Iglesias locales en verdaderas Iglesias, sacramentos de universalidad, son: un llamado o vocación

---

dada por Dios, el anuncio del Evangelio, la celebración de la cena del Señor y finalmente la relación con el obispo" (L. G. 26). Esa dependencia del obispo forma parte de la tradición. Así como la fe viene por el oído, la Iglesia se forma a partir de la predicación apostólica y del ministerio del obispo. Hoy, sentimos la necesidad de reafirmar esa relación entre cada comunidad y su pastor, pero en un estilo que no sea más de jerarquía señorial de carácter monárquico y sí una relación de comunión y de servicio recíproco. Ese tema de las Iglesias locales hizo que la *Lumen Gentium* consagrara el capítulo 3º al ministerio de los pastores, y allí insistir en el principio de la colegialidad de los obispos junto al Papa, y afirmar que el obispo es responsable de su diócesis, pero como miembro del colegio episcopal, junto con el Papa, tiene un empeño universal y una responsabilidad respecto a toda la Iglesia (L.G. 23). La *Lumen Gentium* había tratado la relación entre las Iglesias locales y la Iglesia Universal también en relación con las otras Iglesias cristianas (LG 16). La comprensión congregacionista de la Iglesia, compartida por la mayor parte de las Iglesias evangélicas y pentecostales, pone el acento sobre la importancia de la Iglesia local, considerada, como plenamente Iglesia de Cristo. La corriente anabaptista (siglo XVI) predicaba el congregacionismo, pero fue en

Inglaterra del siglo XVII dónde más floreció. Cada comunidad es libre de gestionar sus cuestiones, su liturgia, escoger a su pastor y sus responsables. Lutero enseñaba que la verdadera Iglesia de Cristo es invisible, comunión de los verdaderos creyentes, cuerpo místico de Cristo. Ninguna institución la contiene por completo. La universalidad es vista como una especie de conciliariedad, o sea, un organismo de comunión entre las Iglesias locales. Un informe del Consejo Mundial de Iglesias, en su asamblea general de Nairobi (1975) llega a afirmar: "La verdadera conciliariedad es el reflejo en la vida de la Iglesias del Dios trinitario... Cristo reúne a sus miembros en la comunión del Espíritu Santo"<sup>15</sup>.

En 1973, la Comisión Fe y Constitución, organismo del Consejo Mundial de Iglesias, se reunió en Salamanca y profundizó en la visión de "comunidad conciliar". Esta noción fue retomada por la Asamblea del CMI en Nairobi: "La Iglesia una debe ser vista como una comunidad conciliar de Iglesias locales, auténticamente unidas. En esta comunidad conciliar, cada Iglesia local posee en comunión con las otras, la plenitud de la catolicidad y da testimonio de la misma fe apostólica. Reconoce que todas las otras Iglesias forman parte de la misma Iglesia de Cristo y que su

---

inspiración emana del mismo Espíritu. (...)”.

Después del Concilio, en la Iglesia Católica Romana ninguna conferencia episcopal o diócesis católica desarrolló o profundizó esa vocación propia de Iglesia local y particular. Tal vez eso explique, al menos en parte, por qué algunas diócesis en América Latina, que eran proféticas en los años 80, con el cambio de obispos lo dejaron de ser y se alinearon a la línea romana de forma servil. Solamente la Federación (católica) de los obispos de Asia en los años 90 tuvo esa línea teológica. En un importante documento de preparación para el sínodo romano sobre Asia (1999), los obispos afirmaron: “La comprensión que la Iglesia tiene de sí misma es la de ser verdaderamente una iglesia local, encarnada en un pueblo, autóctona e inculturada; es el cuerpo de Cristo hecho real y encarnado en un pueblo particular, en el tiempo y en el espacio” (Documento de los obispos asiáticos, n. 1)<sup>16</sup>.

Sin duda, la importancia de la Iglesia local no fue más profunda y, después del Concilio, no tuvo mayor repercusión, porque el Vaticano identificó las Iglesias locales como Iglesias particulares y definió que ésas eran las diócesis. Como dependen de los obispos y éstos son nombrados por Roma y

deben pedir permiso para cualquier asunto disciplinar, litúrgico o, incluso, teológico, la relación entre Iglesias locales y la Iglesia Universal se convirtió en un asunto casi teórico y sin mayor consecuencia. Sobre la naturaleza de las Iglesias locales, Hans Kung afirmó: “Las Iglesias locales son verdaderas Iglesias en cuanto son manifestación, realización y representación de la Iglesia entera, única, universal y total”. A continuación, sintió la necesidad de hacer distinción de, por un lado parece obvia, pero de hecho, es importante subrayar, principalmente por sus consecuencias: “Aunque la Iglesia local particular sea enteramente Iglesia, no es, con todo, una Iglesia entera”<sup>17</sup>. Este asunto enfrentó en un debate en los años 90, al cardenal Ratzinger, entonces responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y al cardenal Walter Kasper, entonces responsable del Secretario para la Unión de los Cristianos, en el mismo Vaticano. Ratzinger subrayaba la preeminencia y mayor importancia de la Iglesia Universal sobre las Iglesias particulares y Kasper insistía en que la Iglesia Universal no existe sin las Iglesias particulares, así que ellas son en cierta forma primeras o anteriores. Esa discusión fue rica, pero parece haberse desviado del asunto más profundo, porque el problema fundamental no es de jerarquía. No se trata de saber cuál es la primera o

---

cuál es más importante, si la Iglesia local o universal. Lo fundamental es aclarar cómo se relacionan las Iglesias locales y la Iglesia Universal y principalmente cuál es la vocación propia de cada Iglesia local y cómo puede vivir en el mundo actual su misión, que es específica y no sólo como porción aquí y ahora de la Iglesia Católica Universal.

Estoy convencido que, sin duda, la omisión o desistimiento de nuestras Iglesias en definirse como verdaderas Iglesias locales y el hecho de que sean sólo sucursales de la curia romana tiene gravísimas repercusiones para su misión y espiritualidad, además de no contribuir a la propia salud de la Iglesia Romana de la cual todos somos deudores, a la cual todos amamos como nuestra sede primacial y de la cual hemos recibido mucho a lo largo de la historia. Dom Hélder Câmara que conocía bien el Vaticano y había sido amigo de Pablo VI antes de ser Papa, repetía siempre que el Papa y sus auxiliares en Roma no necesitan “capuchas” que dicen amén a lo que se les propone, sino hermanos que discutan o sean capaces de ayudarles críticamente a cumplir su misión específica de servir a la unidad de las Iglesias locales. Ahora los obispos, presbíteros y fieles de cada Iglesia local sólo podemos hacer eso, hacer esa aportación a la Iglesia que coordina el conjunto de las

Iglesias cumpliendo la misión que les es propia y no desistir de ser una Iglesia con rostro local y en la piel del pueblo que allí se reúne. Sin duda, el desistimiento u omisión de ese carácter local ha sido hasta ahora la raíz de muchos problemas internos de las Iglesias y por lo que ellas tienen tanta dificultad para cumplir su misión en el mundo actual.

## **Para retomar el carácter propio de Iglesia local en América Latina**

En América Latina, el Cristianismo vino con los colonizadores. Sólo fue en 1968, en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, cuando las Iglesias latinoamericanas asumieron un rostro propio y una manera de ser que dio a nuestras Iglesias una misión propia. Sin duda, ese carácter puede ser bien comprendido o resumido en una afirmación de los obispos en el documento sobre la juventud: “Que se presente cada vez más nítido, en América Latina, el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y valientemente comprometida con la liberación de todo ser humano y de toda la humanidad” (Medellín. 5, 15 a)

Sin duda, esa definición tiene en cuenta la realidad propia del conti-



nente latinoamericano y caribeño, pero podemos decir que indica una misión para la Iglesia en todos los continentes y específicamente en nuestro tiempo, en que la pobreza mundial aumentó profundamente, e incluso los países del primer mundo se encuentran en una grave crisis económica y de civilización. Ya en el Concilio Vaticano II, un grupo grande de obispos había propuesto un pacto para transformar la Iglesia en una Iglesia pobre y al servicio de los empobrecidos. El Concilio no llegó a obtener esa conclusión. Medellín lo hizo para América Latina. Pero otros continentes fueron tocados por el mismo llamado profético.

Gustavo Gutiérrez, pionero de la Teología de la Liberación, afirmó: "La Iglesia, si quiere ser fiel al Dios de Jesucristo, deberá tomar conciencia de sí misma, a partir de las bases, de los pobres de este mundo, de las clases explotadas, de las razas despreciadas y de las culturas marginadas. Debe descender a los infiernos de este mundo y comulgar con la miseria, la injusticia, las luchas y las esperanzas de los condenados de la tierra, porque en ellos está el reino de los cielos. En el fondo, se trata de vivir como Iglesia lo que vive diariamente la mayoría de sus miembros. "Nacer, renacer como Iglesias, a partir de ahí, significa morir hoy en una historia de



---

opresión y complicaciones. Desde esa perspectiva eclesiológica, y retomando un tema central de la Biblia, Cristo es visto como el pobre, identificado con los oprimidos y despojados del mundo”<sup>18</sup>.

Evidentemente, esa vocación de Iglesia pobre y de los empobrecidos puede ser mucho mejor asumida en una dimensión de Iglesia local que como característica de la Iglesia universal, de modo que la Iglesia Católica y otras Iglesias evolucionen en el mundo. Incluso si el Papa Francisco profundiza en las señales de una aproximación a los pobres y se atreve a cerrar el Instituto para las Obras de Religión (IOR), el Banco del Vaticano, no va a poder librarse de los museos y de los ricos monumentos que dan al mundo la imagen de una Iglesia poderosa y asentada sobre la riqueza material, aunque esté en crisis e inmersa en problemas económicos. Son las Iglesias locales -diócesis, parroquias comprometidas con el servicio a la liberación del pueblo y hasta las comunidades eclesiales de base- las que pueden ser señales e instrumentos de ese modo nuevo de ser Iglesia. De acuerdo con Jon Sobrino, lo que “la Iglesia de los pobres ofrece es un doble modelo de construcción de la catolicidad de la Iglesia: 1) Comprender la catolicidad a partir de la periferia, o sea, del mundo de los empobrecidos; 2) Comprender la catolicidad como

proceso por el cual las diversas Iglesias locales se ayudan mutuamente. (...) Lo que hoy puede unificar y unifica a las diversas Iglesias locales de todo el mundo es un decidido servicio a los empobrecidos”<sup>19</sup>. Todavía hay quien piensa la unidad de la Iglesia en términos de uniformidad doctrinal o disciplinar. En un mundo tan sufrido como en el que vivimos y en una realidad de crisis estructural que hiere a toda la sociedad, es la opción decidida y el servicio consagrado a los empobrecidos quienes hacen de cada Iglesia local, sea en América Latina, sea en España, una señal viva de unidad universal de la Iglesia y, más aún, como decía el Concilio Vaticano II: “El pueblo de Dios, ese pueblo mesiánico, aunque en realidad no alcance a toda la humanidad, y no pocas veces aparezca como un pequeño rebaño (comunidades locales), es no obstante, para todo el género humano, la más firme semilla de unidad, de esperanza y de salvación. Establecido por Cristo como comunión de vida, de caridad y de verdad, es también por Él asumido como instrumento de redención universal y enviado a todas partes como luz del mundo y sal de la tierra” (cfr. Mt. 5, 13-16), sacramento de la unidad de todo el género humano” (Cf. *Lumen Gentium*, cap 2, n. 9).

---

## NOTAS

1 Planteo aquí esa cuestión con todo el respeto e incluso esperanza por la persona y ministerio del Papa Francisco. Sin duda, debemos tener claro el paradigma eclesiológico correcto, pero no podemos desconocer que históricamente y a partir de la coyuntura actual la elección de un Papa latinoamericano puede colaborar en esa “desoccidentalización” de la Iglesia Católica, ya que difícilmente ese proceso se llevará a cabo desde el poder y la figura del Papa, pero tendrá que retomarse el carácter profético de las iglesias locales que se deben reanudar su vocación y escuchar de nuevo lo que “hoy, el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2, 5).

2 TIM DOWLEY (Organizador), *Storia del Cristianesimo*, Torino, Ed. Elle di Ci, 1992, p. 93. 3 Dario Azzellini, *Partizipation, Arbeiterkontrolle und die Commune Bewegungen und soziale Transformation am Beispiel Venezuela*, Hamburgo, VSA Verlag, 2010, p. 10.

3 Cf. MARCELO BARROS, *Dom Hélder Câmara, profeta para os nossos dias*, São Paulo, Ed. Paulus, 2012, p. 68.

4 Cf. GERT THEISSEN, *O Movimento de Jesus: História Social de uma Revolução de Valores*, São Paulo, Ed. Loyola, 2008. Ver también EDUARDO HOONAERT, *O Movimento de Jesus e o Cristianismo Primitivo*, Petrópolis, Vozes, 1994.

5 N.T.WRIGHT, *Paulo, novas perspectivas*, (traducción del inglés). São Paulo, Ed. Loyola, 2009, p. 134.

6 Jcf. JON SOBRINO, *Ressurreição da verdadeira Igreja*, São Paulo, Loyola, 1982, p. 122.

7 PSobre eso ver: HOORNAERT, E., *História da Igreja nos primeiros séculos*, texto impreso con apostila de aulas, 1983, p. 14.

8 TIM DOWLEY (Organizador), *Storia del Cristianesimo*, Torino, Ed. Elle di Ci, 1992, p. 175.

9 Cf. AMBROISE DE MILAN, *De Sacramentis*, III, 1, 5. *Sources Chrétiennes*, 25 bis, Cerf, Paris, 1980, p. 95, 5.

10 JOSÉ COMBLIN, *O Povo de Deus*, São Paulo, Ed. Paulus, 2002, 2ª Ed. p. 23-24.

11 Cf. - CLELIA LURO, *El Martir que no mataron: Hélder Câmara*, Madrid, Ed. Nueva Utopia, 2002.

12 Cf. ANTONIO J. ALMEIDA, *Lumen Gentium, a Transição Necessária*, São Paulo, Paulus, 2005.

13 Cf. A.J.ALMEIDA, *ídem*, pp. 213-214

14 Cf. GERALDO LOPES, *Lumen Gentium, texto e comentário*, São Paulo, Paulus, 2011, pp. 17- 18.

15 RAPPORT, *Session 2*, n. 3. *Briser les barrières. Rapport Officiel de la 5e Assemblée du COE*, Nairobi, 1975, citado por A. BIRMELE, *ídem*, p. 249.

16 Cf. FEDERACIÓN DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES DE ASIA, *Lo que el Espíritu dice a las Iglesias*, Documento de Síntesis, hecho con ocasión del Sínodo sobre Asia, publicado por al FABC en 1999. Traducción brasileña en SEDOC 281/ julio-agosto de 2000, p. 39.

17 Cf. Ambos textos están en HANS KUNG, *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1968, p. 359.

18 Cf. G. GUTIERREZ, *Teología desde el reverso de la historia*, Lima, CEP, 1977,p. 54.

19 Cf. JON SOBRINO, *Ressurreição da verdadeira Igreja*, São Paulo, Loyola, 1977, p. 122- 123.

*Esperamos que os haya resultado interesante y útil este documento, igual que a nosotros. Por eso hemos pensado que no podíamos guardarlo en el archivo.*

*En los Documentos del Ocote Encendido esperamos que podáis encontrar los análisis y reflexiones más interesantes de/ sobre America Latina que pasan por nuestras manos, y también de otras partes del mundo, en formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas, con una periodicidad prevista de 5 números al año.*

Si te interesa recibir los "Documentos del Ocote Encendido", rellena y envíanos este boletín al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón (c/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza)**

Nombre y apellidos: \_\_\_\_\_  
Dirección: c/ \_\_\_\_\_ nº \_\_\_\_\_  
C.P. \_\_\_\_\_ Población \_\_\_\_\_ Tlf. \_\_\_\_\_  
Correo-e \_\_\_\_\_

Si te parece que estos Documentos merecen la pena, puedes colaborar con nosotros:

- **con una aportación económica**

*haciendo un ingreso en nuestra cuenta en Caja España:  
Comité Oscar Romero de Aragón - ccc: 2096-0643-22-3234813004  
indicando tu nombre y el concepto "Ocote Encendido "*

- **multiplicando los textos publicados**

*entre tus amigos, compañeros, conocidos...  
tejiendo con nosotros una red de información y concientización.*

**También puedes encontrar  
el Documento del Ocote en:**